



LÁSZLÓ ERDÉLYI

Los filósofos han dedicado su vida, desde tiempos inmemoriales, a comprender la muerte para entender mejor la vida. Es el camino que eligió el filósofo Simon Critchley, un británico con gran sentido del humor que habla de la muerte contando chistes, y que para nada se parece al filósofo aburrido e intelectualoide (hemos reseñado hace poco dos libros de él, uno sobre fútbol, y otro sobre David Bowie). Se acaba de reeditar uno de sus libros más exitosos y desenfadados, **El libro de los filósofos muertos**, que tuvo su primera edición en castellano en 2008.

Critchley baja a tierra la filosofía y hace de ella algo práctico, en una época de pandemia y de crisis cuando muchas cosas parecen haber sido vaciadas de sentido, y donde la muerte ha cobrado una inusual importancia. Está en los medios de comunicación, en las estadísticas, en las advertencias médicas, en las probabilidades de acceder a las camas de Tratamiento Intensivo o a los respiradores. Aunque para la mayoría la muerte es sinónimo de miedo, un factor de terror paralizante. Tuvo que salir el Ministro de Salud Pública de Uruguay en cadena nacional al comienzo de la actual pandemia a calmar las aguas advirtiendo, entre otras cosas, que *“la muerte es parte de la vida”*, algo natural con lo que tenemos que convivir.

Claro que el libro fue escrito en 2007, cuando nadie imaginaba esto. El filósofo ahora está recluido en su casa de Brooklyn, Nueva York, muy ocupado con la implementación de los cursos universitarios que dicta vía internet, pero acepta algunas preguntas advirtiendo que las respuestas no serán largas, como sí podrían haber sido en tiempos normales. Comparte, por ejemplo, nuestra preocupación respecto a que **El libro de los filósofos muertos** va a ser leído hoy de forma diferente. *“Sí, eso tiene sentido”* reflexiona.

—*Tú lo que haces es humanizar a los filósofos, rompiendo con la vieja idea que los filósofos deben estar alejados de las cosas terrenales, dedicándose a lo “espiritual”. ¿Crees que eso ayudará a los lectores en esta era?*

—Sí, creo que sí. Sobre todo a la hora de enseñar la eterna lección de que la filosofía es una *ars morandi*, un camino que sobre cómo morir bien o tener una buena muerte, a través de anécdotas cómicas o levemente ridículas. Mi esperanza es que hoy este libro ayude a pensar la filosofía como algo menos elevado y abstracto, y mucho más humano y accesible.

—*Más que un libro sobre la muerte, entonces, es un libro sobre la vida.*

—El argumento que corre por todo el libro es que la filosofía puede enseñarnos a morir, y por consiguiente, a vivir.

—*Un dato que salta de los casi 200 autores que abordan es que los filósofos en general eran muy longevos, vivían mucho más que el promedio de su época, como desafiando a la muerte.*

—Hay que ser cuidadosos con los datos, en particular con los que nos llegan de la antigüedad. Hubo filósofos que murieron jóvenes, como Pico della Mirandola o Frank Ramsey. Pero lo que sí es cierto es que los filósofos, a diferencia de los matemáticos o los físicos teóricos, siguieron trabajando muy bien y produciendo hasta el final de sus vidas.

—*¿Y cómo lidiaron con las pestes?*

—Como cualquier persona, vivieron y murieron en tiempos de plagas. Pienso por ejemplo en el relato de Tucídides sobre la “Oración fúnebre” de Pericles, el texto más famoso de la antigüedad sobre la democracia, que inmediatamente él contrasta con la descripción de Atenas durante la plaga (430 a.C.). Democracia y plaga parecen estar vinculadas.

—*La plaga provocó el caos en aquella Atenas. ¿Escribirías este libro de forma diferente por la pandemia?*

—Sí, creo que sería un libro más gracioso. Visto desde la situación actual, es un trabajo al que le faltan más chistes.

MUCHO HUMOR. Pero no son bromas de golpe y porrazo. El libro de los filósofos muertos describe de forma sutil situaciones poco comunes de la vida diaria de los filósofos. Ya que en general se los percibe, sobre todo a los genios, como seres destinados al mármol, a lo etéreo, espiritual, Critchley insiste en que también son humanos de carne y hueso contaminados por prejuicios, paradojas, conductas irra-



Simon Critchley sobre filosofía y pandemia

“La muerte causa terror a quienes no saben vivir”



Simon Critchley es profesor de filosofía en la New School of Social Research de Nueva York. Actúa como moderador en el foro The Stone del diario The New York Times. Ha publicado numerosos libros en inglés sobre diversos tópicos. De sus libros traducidos al castellano El País Cultural ha reseñado “En qué pensamos cuando pensamos en fútbol” y “Bowie”.

cionales, como también por olores o flatulencias. O a desplantes de narcisismo; el ideal supone que un hombre sabio, frente a la muerte, se hará cargo de todo frente a Dios y a los hombres con la famosa frase “no somos nada”. Algo que no hizo Baudrillard; antes de partir dijo: *“el mismo hecho de nuestra ausencia hace que el mundo sea claramente menos digno de vivir en él”*.

Sócrates, suicidado a prepo por sus enemigos en 399 a.C., es a quien Critchley dedica el honor de abrir el libro con un extenso abordaje de su muerte y sus últimas palabras, unas que evidencian *“la actitud filosófica clásica hacia la muerte: no es algo que haya que temer”*. Sócrates es central para la línea que corre por debajo de todo el libro, porque él distinguió entre conocimiento y sabiduría. Entendía que la filosofía no es una suma cuantificable de conocimiento con el que luego se podía traficar, como hacían los sofistas (Gorgias, Protágoras, Hipias y demás), que ofrecían ese conocimiento a cambio de honorarios como auténticos *“maestros de la elocuencia, con ‘lengua de miel’, como dice Filóstrato, viajando de ciudad en ciudad ofreciendo ‘sabiduría’ a cambio de dinero”*. Pero no era sabiduría. *“La filosofía comienza con el cuestionamiento de las certezas en el ámbito del conocimiento, y el fomento de un amor por la sabiduría. La filosofía es erótica, no sólo epistémica”* afirma Critchley. Un mal de esta época, donde predomina la sofistería en forma de terraplanistas, antivacunas, promotores de teorías conspirativas o toda la industria New Age, muy demandados por la ausencia brutal de sentido que estamos viviendo.

Esa búsqueda de sentido perturbó a muchos antiguos filósofos, a veces llevándolos por el camino de la confusión. Tales de Mileto, por ejemplo, murió insolado mientras participaba como espectador en un estadio deportivo. Se debía haber ido antes, pero vaya a saber qué pasaba por su cabecita, esa que creó la famosa frase *“conócete a ti mismo”*. Diógenes Laercio le dedicó una pieza de dudoso valor poético: *“Mientras Tales miraba los juegos un día de fiesta/ El implacable sol le golpeó y murió”*.

Pitágoras y sus pitagóricos creían en la inmortalidad del alma, en la transmigración del mismo, y en que el universo puede reducirse a números (decían que los números pares eran femeninos y los impares masculinos). También pensaba, al igual que sus seguidores, que las habas

estaban malditas, sentían una profunda aversión por ellas. Decían que se parecían mucho a los testículos. Un día Pitágoras huyó de su Samos natal discrepando con un tirano, para llegar al sur de Italia, en la zona que hoy conocemos como Calabria. Pero siguió perseguido por sus enemigos. Otro día, huyendo, quedó petrificado frente a un campo de habas. Declaró que prefería la muerte antes de cruzar por allí. Sus perseguidores lo encontraron paralizado, y lo degollaron.

Luego está el curioso Empédocles, que *“tenía algo de mago y hechicero, así como algo de charlatán (...) y ha sido identificado con la democracia”* por su radicalismo, cultivando ante ciertas audiencias la idea de la igualdad en política. Decía que con el sueño venía el enfriamiento de la sangre, y que la muerte provenía cuando esa sangre perdía todo su calor. Como creía en la inmortalidad, no tuvo mejor idea que buscar ese calor, mucho calor, y decidió tirarse de cabeza al medio del volcán Etna en plena erupción. *“Pero se descubrió la verdad cuando una de sus sandalias de bronce apareció, escupida por las llamas, en la ladera del volcán”* cuenta Critchley.

El sofista Pródico llegó a ofrecer un curso en dos versiones, uno por el que cobraba un dracma, y otro de cincuenta dracmas. Sócrates, muy pobre, fue al de uno. El último verso que se conserva de Pródico dice: *“La leche es mejor cuando uno la saca directamente de la hembra”*. Tremendo.

Diógenes se masturbaba en público en el mercado, Aristóteles seseaba y muchos lo imitaban burlándose, Hiparquía, casada con el cínico Crates, disfrutaba haciendo el amor en público (con Crates), Aristón murió insolado como Tales y fue inmortalizado en otro de los pésimos versos de Diógenes Laercio (Aristón era pelado), y como Metrocles parece que Zenón de Citio murió asfixiado tras contener la respiración (ambas versiones son poco creíbles). A su vez el estoico y arrogante Crispino escribió setecientos cinco libros y creía en la reencarnación por lo que quizá pronto volveremos a saber de él...

Critchley dedica un capítulo a los filósofos chinos clásicos, pero eran bastante aburridos. A su vez, no hay nada muy llamativo en la muerte de Cicerón, más allá de que fue muy violenta, y previsible. La lección que deja el romano es que en general los filósofos que se involucran en política terminan mal, muy mal. Como Tomás Moro, decapitado y con su cabeza puesta en una pica en el puente de Lon-

dres. O Hipatia, íntima amiga de Orestes, que recibió la atención enfurecida de los cristianos que acababan de echar a los judíos de Alejandría (año 414), la agarraron, la desnudaron y la desollaron usando conchas de ostra. O San Pablo, decapitado por el emperador Nerón, *“tras un fallido discurso en arameo en Palestina donde la muchedumbre intentó matarle”*. O Boecio, que al igual que Cicerón estuvo muy involucrado en la política de Roma, fue hombre de confianza del rey Teodorico y, acusado de participar en un complot en su contra, fue cruelmente torturado antes de que lo mataran a garrotazos.

El que mejor expresó que la forma en que vivimos determina nuestra relación con la muerte fue el romano Marco Aurelio, *“el más grande entre los hombres”* según Voltaire. Fue emperador desde el año 161 hasta su muerte en Vindobona (hoy Viena) en el año 180. *“Escribió sus Meditaciones en los últimos diez años de su vida”*, a la que ve *“como una breve estancia en tierras extrañas; y tras el prestigio, el olvido”*, señala Critchley. En sus **Meditaciones**, se pregunta: *“¿Por qué tener ansias de muchos días por delante? El objetivo de la vida es seguir la voz de la razón y del espíritu divino y aceptar lo que la naturaleza te envíe. Vivir así no es temer a la muerte, sino despreciarla. La muerte sólo es causa de terror para aquellos que son incapaces de vivir en el presente”*. Concluyó afirmando que cada uno debe seguir por su camino, siempre con una expresión sonriente.

LA ERA DE LA INCERTIDUMBRE. Critchley advierte en la introducción del libro que está *“preocupado por quienes cultivan la creencia de que la muerte es una ilusión a superar con los preparativos espirituales adecuados. Sin embargo no es una ilusión, es una realidad que hay que aceptar (...)”*. El rasgo más pernicioso de la sociedad contemporánea es la renuencia a aceptar esa realidad.

“Las sociedades occidentales, y no sólo ellas, están experimentando un profundo vacío de sentido que corre el riesgo de convertirse en un abismo. Este hueco está siendo ocupado por diversas formas de ocultarismos que conspiran para promover la creencia de que, primero, puede conseguirse algo llamado autoconocimiento; segundo, eso tiene un precio; y tercero, que es perfectamente coherente con la búsqueda de la riqueza, el placer y la salvación personal”. Sócrates nunca pretendió saber, ni vender conocimiento a los demás, ni aceptó honorarios. Pero la gente sigue pi-

PITÁGORAS PREFIRIÓ MORIR ANTES DE CRUZAR UN CAMPO DE HABAS.

PARA MARCO AURELIO LA FELICIDAD ESTÁ EN VIVIR EN EL PRESENTE.

diendo certidumbre, porque *“tiene un profundo terror de la muerte y una ansiedad abrumadora por saber con seguridad que la muerte no es el final”*. Un dato interesante es que Sócrates convivió con la muerte durante la plaga en Atenas (430 a.C.) y todo indica que se inmunizó, dado que durante una reaparición de la misma en una expedición militar posterior en la cual él participó, convivió y ayudó a los enfermos, sin contagiarse. El propio Tucídides relata que él sobrevivió a la peste para contarla porque se inmunizó (según el profesor de la Universidad de Oxford, Armand D'Angour, autor de **Sócrates enamorado**).

“Mi constante preocupación en estas páginas aparentemente morbosas” insiste Critchley, *“es el significado y la posibilidad de la felicidad (...)”*. La filosofía puede enseñarnos a estar preparados para la muerte, sin lo cual cualquier concepción y cualquier bienestar, por no decir cualquier felicidad, es ilusoria”.

La realidad es que no controlamos cuándo vamos a morir, pero sí cómo podemos vivir. Depende de nosotros que sean grandes días. **CULTURAL**

EL LIBRO DE LOS FILÓSOFOS MUERTOS, de Simon Critchley. Taurus, reedición 2019. Madrid, 362 págs. Trad. de Alejandro Pradera.

Hay que leer

Los cañones de Agosto.

Treinta y un días que cambiaron la faz del mundo, de Barbara Tuchman



Porque es un clásico que cobra inusual vigencia en estos días de pandemia y crisis, ganador de un premio Pulitzer. Trata de la locura que significó para el mundo la Primera Guerra Mundial y cómo cambió para siempre la faz del planeta. Abundante en detalles, todo escrito con un estilo diáfano, inteligente, equilibrado y lleno de ingenio, con un punto de vista alejado de todo juicio moral, y una narración con tanto suspenso que el lector abandona lo que sabe sobre lo que va a suceder. Un libro indispensable para entender el mundo que se abrió hace 100 años con el final de la guerra, y una puerta para conocer más sobre esta gran historiadora, una que también sabe y sabe de plagas y pandemias (ver *Un espejo lejano*, sobre la Peste Negra de 1347). (RBA/Océano)

Reedición de Olga Tokarczuk

CARLOS MARÍA DOMÍNGUEZ

Después de que la escritora polaca Olga Tokarczuk ganara el Premio Nobel 2018 los lectores uruguayos tuvieron la oportunidad de leer *Los errantes*, una ambiciosa y compleja novela sobre las epifanías de la vida nómada. Ahora llega a las librerías *Sobre los huesos de los muertos*, su segundo volumen traducido al español, aunque data del año 2009. El título se apropia de un verso del poeta británico William Blake, el bardo alucinado del siglo XVIII que se cuela en esta trama de corte policial, astrología y fanatismo ecologista.

Hay novelas sustentadas sobre la trama, otras ponen a rodar un mundo y otras, como es el caso de este relato escrito en primera persona, se sostienen sobre las virtudes literarias de un personaje. Janina Duszejko vive en Lucfug, una villa de verano en el valle de Kodzko, cerca de la frontera polaca con la República Checa, y mantiene una encarnizada lucha contra los cazadores, el usufructo, el abuso y el maltrato de los animales. Fue ingeniera civil en Medio Oriente, profesora de inglés, y ya vieja y enferma habita una cabaña alejada de la aldea. Cuida las de sus vecinos cuando termina el verano y comparte con unos pocos lugareños las nieves y los temporales del invierno, mientras se entretiene con la astrología y ayuda a un joven ex alumno a traducir del inglés a William Blake.

Una sucesión de muertes misteriosas pautada en el relato de la señora Duszejko, en el que cobran especial presencia el paisaje, el paso de las estaciones sobre la naturaleza, los ciervos, los zorros, y esa

brutalidad de las tradiciones rurales que John Berger narró en *Puerca tierra* y en *Una vez en Europa*. Solo que en vez de destacar su riqueza cultural, Tokarczuk no duda en condenar sus crímenes. Las muertes y la revelación de sus secretos mantienen viva la intriga de la novela, pero por precisas que sean las descripciones o conmovedoras las audacias del personaje, la trama pierde tensión y acaba por desdibujarse. Se diría que la autora ha tomado la intriga por pretexto para ahondar en el carácter y la psicología de una militante



ecologista sin concesiones, retratada en las locuras de su pureza, y que ha puesto a jugar en la literatura la exageración y el desborde de sus propias convicciones. Lo consigue con no poca inteligencia, pero algunos tramos resultan chispeantes y otros francamente tediosos, como los dedicados a las especulaciones astrológicas, de una medianía muy por debajo de su talento.

SOBRE LOS HUESOS DE LOS MUERTOS, de Olga Tokarczuk. Océano, 2019. México, 299 págs.

CARTAS DE LECTORES

Una velada única con David Bowie

La carta de Jorge Mara (Buenos Aires) no fue enviada a *El País Cultural*, sino a Manuel Borrás (España), quien entendió que la anécdota relatada debía ser compartida. Por eso llegó:

PADRE Y MAESTRO MÁGICO, acabo de leer en *El País Cultural* de Montevideo un muy buen artículo de Darío (Jaramillo): ¿se trata de "nuestro" Darío?

Él da cuenta del libro de Simon Critchley sobre David Bowie. Fue una grata sorpresa. Traté a Bowie de forma breve pero intensa. Estando en Londres para organizar la exposición de Ben Nicholson que llevé a mi galería madrileña, fui a lo de mi amigo Bernard Jacobson a seleccionar la obra. Era un sábado al mediodía. En la galería además de Bernie había tres personas. Una mujer negra, hermosísima, de rasgos afilados, embarazada, ataviada con un vestido rojo vivo, de estilo ligeramente africano: Iman. Un hombre muy flaco, de edad indefinida, mirada amistosa y simpática, sin ningún empaque, vestido con blue jeans, una camiseta blanca común y corriente, zapatillas deportivas y, casi incongruentemente, un magnífico abrigo azul de cachemira, muy formal. Tenía el pelo corto y una barba rala: Bowie. La tercera persona era Norbert Lynton, el experto en la obra de Nicholson. Bernie astutamente le propuso a Bowie que me ayudara a elegir los cuadros. David era un gran coleccionista de la obra de Nicholson y tenía, reputadamente,

muy buen ojo para la pintura. Nos fuimos con Bowie a la trastienda y empezamos a distribuir las obras de Nicholson contra la pared. Con gran sencillez, sin didactismo, David empezó a calificar las obras, a señalar virtudes en unas y en otras, a buscar dibujos y bocetos complementarios. Hicimos, hizo, una selección formidable, incluyendo obras de distintos períodos, con afinidades formales y relaciones cronológicas. Digna de un buen museo. Hecha la selección todos festejamos. Bernie tuvo la buena ocurrencia de proponernos cenar en su casa esa noche. La mujer de Bernie (Karen, holandesa), muy buena cocinera y tan acogedora como él, nos hizo una rica cena y puso una mesa baja, tipo comedor árabe, con almohadones en el suelo para sentarnos, sin la menor formalidad. Los hijos de los dueños de casa y sus parejas servían la mesa. Me sentaron junto a Bowie y aquí vino la sorpresa mayor. Me preguntó sobre algunos autores franceses que a él le interesaban. Tenía una aguda curiosidad literaria y filosófica y era un lector serio, dedicado, selectivo, nada trivial. Nuestro *tête à tête* solo versó sobre libros y autores. Su *marotte* era la filosofía francesa y poseía un rango de lectura muy amplio. Sin la menor afectación y con un entusiasmo genuino. Conversamos hasta bien entrada la madrugada y —todos— bebimos como cosacos. Como habíamos hecho buenas migas, me instó a que lo llamara para a volver a conversar. No lo llamé.

Jorge Mara

Nuevo libro de Michael Ondaatje Derribando otro mito: que las guerras terminan

MERCEDES ESTRAMIL

En una nota para el diario *La Nación* el escritor argentino Pedro B. Rey decía que esta novela de Michael Ondaatje "empieza en la senda de Dickens y termina en la de John le Carré", que es una buena definición para aunar la novela de aprendizaje (o el más extensivo *coming of age*) y el relato de espías. También se puede afirmar que *Luz de guerra* comparte senda con *Canadá* de Richard Ford o con *Claus y Lucas* de Agota Kristof, donde también hay niños abandonados a su suerte y que llega a la misma meta desierta que los investigadores de mucha novela del Nobel francés Patrick Modiano: una tábula rasa donde el ayer se pierde.

Ondaatje (1943) nació en Colombo, capital de la isla de Sri Lanka (cuando aún era Ceylán, colonia británica y cuna del té negro), estudió en Londres y luego se fue a Canadá, donde vive cómodamente a partir del éxito de su tercera novela, *El paciente inglés* (1992), potenciado por el film de Anthony Minghella y por el otorgamiento en 2018 del Golden Man Booker Prize, un premio de premios otorgado por única vez en cincuenta años. En *Luz de guerra* (2018) vuelve sobre las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial. La historia se va revelando por etapas y *flashes*, tanto para el lector como para el narrador protagonista. La luz del título es la del Blitz de los bombardeos alemanes (1940-1941), la ciudad oscurecida y destruida que sobrevive a luz de vela o de luna. Pero es también la que no termina de iluminar a nadie y deja en zona de sombra e incertidumbre hasta lo más cercano o lo más querido. Ahí se instala Ondaatje y con esa misma iluminación difusa y ocasional es que arma la novela.

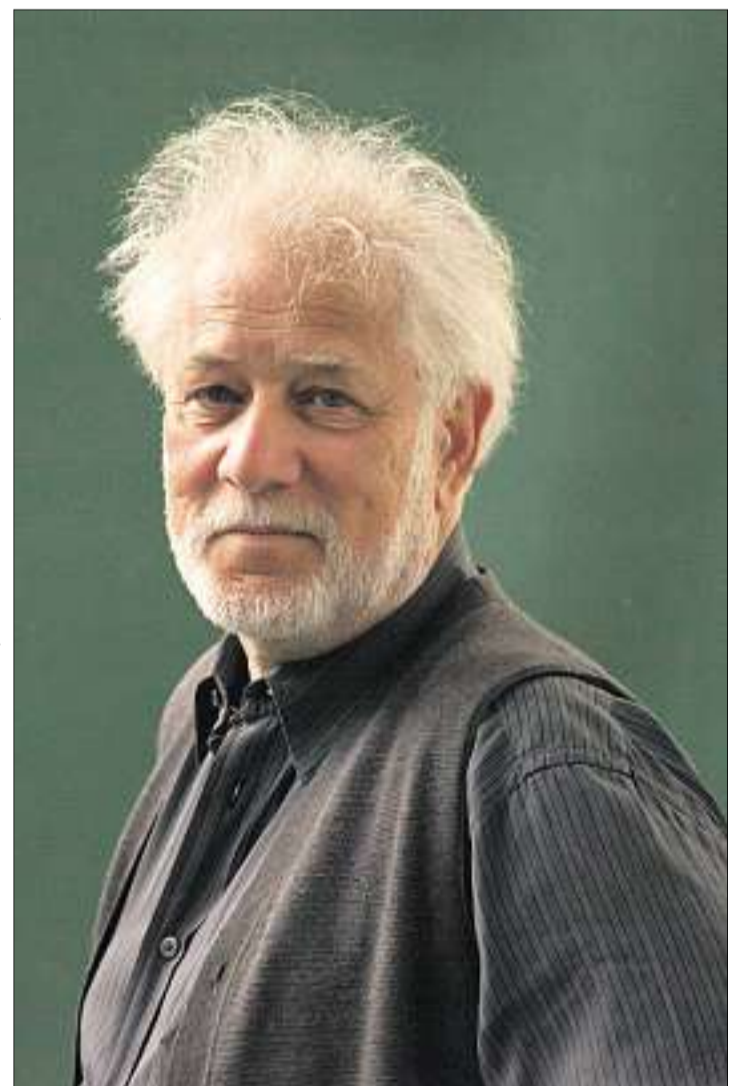
OTRO BLITZ. Dividida en dos partes, *Luz de guerra* comienza con una frase memorable: "En 1945 nuestros padres se fueron y nos dejaron al cuidado de dos hombres que quizá fuesen delincuentes". La hora histórica no es cualquiera, el tono es antidramático y el "quizá" da la tónica condicional de todo el asunto. Nathaniel, de catorce años y Rachel, de dieciséis, quedan en manos de gente que parece de avería (Walter "el Polilla", Norman "el Dardo") o no (la etnógrafa Olive, el enigmático Arthur McCash, el hortelano Malakite) pero en todo caso se van acomodando a esas presencias y comparten sus actividades, bordeando peligrosamente un concepto que aparece una y otra vez: lo *schwer*, lo difícil, pesado, abrumador. Los hermanos comienzan a sospechar que los padres no están buscando un futuro mejor en Singapur, como dijeron, y un fallido secuestro del que son víctimas los pone en la pista de la verdad y de la otra cara de Rose Williams, una madre que cariñosamente los apoda "Dedal" y "Gorrion" pero cifra su vida en un destino distinto al familiar. Mientras Nathaniel narra la historia y se mete a investigar en sus zonas oscuras, su hermana va desapareciendo, desdibujándose en el enojo del abandono. Hay pasajes interesantes que distraen tanto a los personajes como al lector: los paseos por el Támesis en una barca mejillonera cargada de galgos de carrera; el inicio sexual con una chica de nombre inventado; la sustitución de los estudios curriculares por empleos inciertos en un hotel.

En la segunda parte la novela se ambienta en 1959, plena Guerra Fría, pero abunda en *flashbacks* iluminadores. Nathaniel ya es adulto y obtiene un empleo en el Ministerio de Asuntos Exteriores que le permite investigar el pasado de su madre en lo que quizá es el único *deus ex machina* demasiado funcional y oportuno del libro. En esa parte, personajes descolgados de la primera, como el joven techador Marsh Felon, adquieren un relieve mayor y las piezas comienzan a encajar como en un buen relato de espionaje. Solo que ese encastrate, superficial, denotativo, no está al servicio de resolver o tranquilizar. El "Blitz" que Ondaatje revela es una onda que se expande en el tiempo y no tiene que ver con los edificios derruidos o la gente muerta, sino con los vivos devastados y desunidos.

AJEDREZ. Mucho de esa seguridad, impasibilidad o reserva que se define como "flema británica" está presente en la novela y en personajes donde lo más exaltado es un ataque epiléptico. Una noción de destino e inevitabilidad recorre estas páginas donde se repite, pertinente, una cita a Federico García Lorca: "Sevilla para herir. Córdoba para morir", y donde el ajedrez real

que Rose le enseña a su hijo es toda una clase sobre memoria y estrategia.

La narrativa de Ondaatje tiene esa cadencia inteligente y permite visualizar sin estridencias circunstancias históricas rodeadas de muerte donde alguien —un espía, un psicópata o un visionario— conserva la cabeza fría. Las descripciones de personajes nunca son convencionales. El Dardo es "ligero de pies a la vez que solemne de palabra"; Arthur es "uno de esos ingleses que son más felices en climas desérticos"; el viejo Malakite parece un personaje de Morosoli: "una golondrina muerta o inconsciente después de chocar contra una ventana lo dejaba medio día callado. Se le quedaba dentro, el mundo de ese pájaro y su suerte"; y Rose está definida de forma magistral como un "patrón de indecisión al principio seguido de implicación absoluta". Hay ocasionales apuntes humorísticos insertados en situaciones angustiosas, como cuando se refieren los cuidados paranoicos de Rose para no ser descubierta: "Su tendencia era no ver a nadie excepto al señor Malakite, o de vez en cuando al cartero. In-



Michael Ondaatje: Cómo sobrevivir a *El paciente inglés*.

cluso insistía en no tener mascotas. Como consecuencia, había un gato silvestre que vivía fuera de casa y una rata que vivía dentro".

Otras veces el humor viene del choque entre la inocencia y la ironía, como cuando el Dardo le refiere a Nathaniel una perla de prensa: "el conde de Wiltshire se ha asfixiado accidentalmente atándose semidesnudo una cuerda al cuello y atando el otro cabo a un rodillo para césped", y Nathaniel reflexiona así: "Se negó a explicarme por qué una persona de la nobleza haría tal cosa. En cualquier caso, la ligera pendiente del césped hizo que el rodillo siguiera tranquilamente cuesta abajo tirando del cuerpo desvestido del conde y estrangulándolo. Hacía tres generaciones que el rodillo para césped, concluía el News of the World, pertenecía a la familia del conde". Nunca olvidamos, sin embargo, que *Luz de guerra* no es humorística ni liviana. Está construida contra buena parte de la historia oficial según la cual las guerras terminan, los hermanos se reencuentran y el pasado se supera. Aquí no. La orfandad es permanente, lo perdido no se recupera, los buenos vecinos pueden pasar a ser criminales de guerra, y "las personas no son quienes creemos ni están donde creemos". Contado a la luz de una narrativa envolvente y de frases serenas como la de Ondaatje, hasta parece un relato hermoso.

CULTURAL

LUZ DE GUERRA, de Michael Ondaatje. Alfaguara, 2019. Trad. de Guillem Usandizaga. Barcelona, 274 págs.